

“La mujer” (1932)¹

La carretera está muerta. Nadie ni nada la resucitará. Larga, infinitamente larga, ni en la piel gris se le ve vida. El sol la mató; el sol de acero, de tan candente al rojo, un rojo que se hizo blanco, y sigue ahí, sobre el lomo de la carretera.

Debe hacer muchos siglos de su muerte. La desenterraron hombres con picos y palas. Cantaban y picaban; algunos había, sin embargo, que ni cantaban ni picaban. Fue muy largo todo aquello. Se veía que venían de lejos: sudaban, hedían. De tarde, el acero blanco se volvía rojo; entonces en los ojos de los hombres que desenterraban la carretera se agitaba una hoguera pequeñita, detrás de las pupilas.

La muerta atravesaba sabanas y lomas y los vientos traían polvo sobre ella. Después aquel polvo murió también y se posó en la piel gris.

A los lados hay arbustos espinosos. Muchas veces la vista se enferma de tanta amplitud. Pero las planicies están peladas. Pajonales, a distancia.

Tal vez aves rapaces coronen cactus. Y los cactus están allá, más lejos, embutidos en el acero blanco. También hay bohíos, casi todos bajos y hechos con barro. Algunos están pintados de blanco y no se ven bajo el sol. Solo se destaca el techo grueso, seco, ansioso de quemarse día a día. Las canas dieron estas techumbres por las que nunca rueda el agua.

La carretera muerta, totalmente muerta, está ahí, desenterrada, gris. La mujer se veía, primero, como un punto negro, después, como una piedra que hubieran dejado sobre la momia larga. Estaba allí tirada sin que la brisa le moviera los harapos. No la quemaba el sol; tan solo sentía dolor por los gritos del niño. El niño era de bronce, pequeñín, los ojos llenos de luz, y se agarraba a la madre tratando de tirar de ella con sus manecitas. Pronto iba la carretera a quemar el cuerpo, las rodillas por lo menos de aquella criatura desnuda y gritona.

La casa estaba allí cerca, pero no podía verse.

A medida que se avanzaba crecía aquello que parecía una piedra tirada en medio de la gran carretera muerta. Crecía, y Quico² se dijo: Un becerro, sin duda, estropeado por auto.

Tendió la vista: la planicie, la sabana. Una colina lejana, con pajonales, como si fuera esa colina solo un montoncito de arena apilada por los vientos. El cauce de un río; la fauces secas de la tierra que tuvo agua mil años antes de hoy. Se resquebrajaba la planicie dorada bajo el pesado acero transparente. Y los cactus, los cactus coronados de aves rapaces.

Más cerca ya, Quico vio que era persona. Oyó distintamente los gritos del niño.

El marido le había pegado. Por la única habitación del bohío, caliente como horno, la persiguió, tirándola de los cabellos y machacándole la cabeza a puñetazos.

— ¡Hija de mala madre! ¡Hija de mala madre! ¡Te voy a matar como a una perra, desvergonzada!

— Pero si nadie pasó, Chepe:³ nadie pasó—quería ella explicar.

— ¿Qué no? ¡Ahora verás!

Y volvía a golpearla.

¹ *Cuentos dominicanos; letra grande*. 3ra edición. Madrid: Editorial Popular, 2013: 12-17.

² Quico es el apodo de Enrique o de Francisco.

³ Chepe es un apodo de José.

El niño se agarraba a las piernas de su papá, no sabía hablar aún y pretendía evitarlo. Él veía a la mujer sangrando por la nariz. La sangre no le daba miedo, no, solamente deseos de llorar, de gritar mucho. De seguro mamá moriría si seguía sangrando.

Todo fue porque la mujer no vendió la leche de cabra, como él se lo mandara; al volver de las lomas, cuatro días después, no halló el dinero. Ella contó que se había cortado la leche, la verdad es que la bebió el niño. Prefirió no tener unas monedas a que la criatura sufriera hambre tanto tiempo.

Le dijo después que se marchara.

— ¡Te mataré si vuelves a esta casa!

La mujer estaba tirada en el piso de tierra: sangraba mucho y nada oía. Chepe, frenético, la arrastraba hasta la carretera. Y se quedó allí, como muerta, sobre el lomo de la gran momia.

Quico tenía agua para dos días más de camino, pero casi toda la gastó en rociar la frente de la mujer. La llevó hasta el bohío, dándole el brazo, y pensó en romper su camisa listada para limpiarla de sangre.

Chepe entró por el patio.

— ¡Te dije que no quería verte más aquí, condenada!

Parece que no había visto al extraño. Aquel acero blanco transparente, le había vuelto fiera, de seguro. El pelo era estopa y las córneas estaban rojas.

Quico le llamó la atención; pero él, medio loco, amenazó de nuevo a su víctima. Iba a pegarle ya. Entonces fue cuando se entabló la lucha entre los dos hombres.

El niño pequeñín, pequeñín, comenzó a gritar otra vez; ahora se envolvía en la falda de su mamá.

La lucha era silenciosa. No decían palabra. Solo se oían los gritos del muchacho y las pisadas violentas.

La mujer vio cómo Quico ahogaba a Chepe: tenía los dedos engarfiados en el pescuezo del marido. Este comenzó por cerrar los ojos; abría la boca y le subía la sangre al rostro.

Ella no supo qué sucedió, pero cerca, junto a la puerta, estaba la piedra; una piedra como lava rugosa,⁴ casi negra, pesada. Sintió que le nacía una fuerza brutal. La alzó. Sonó el golpe. Quico soltó el pescuezo del otro, luego dobló las rodillas, después abrió los brazos con amplitud y cayó de espaldas, sin quejarse, sin hacer esfuerzo.

La tierra del piso absorbía aquella sangre tan roja, tan abundante. Chepe veía la luz brillar en ella. La mujer tenía las manos crispadas sobre la cara, todo el pelo suelto y los ojos pugnando por saltar. Corrió. Sentía flojedad en las coyunturas. Quería ver si alguien venía. Pero sobre la gran carretera muerta, totalmente muerta, solo estaba el sol que la mató. Allí, al final de la planicie, la colina de arenas que amontonaron los vientos. Y cactus, embutidos en el acero.

[Nota de la redactora Jeannette Miller, de la edición de Madrid, 2013] Juan Bosch [1909-2001] nació en La Veja, República Dominicana, en 1909. En 1933 publicó su primer libro de cuentos titulado *Camino Real*. Ha publicado más de cincuenta títulos entre los que se destacan: Cuentos escritos en el exilio, Más cuentos escritos en el exilio y La Mañosa (novela). En 1963 se juramentó como Presidente de la República y siete meses más tarde fue derrocado por un golpe militar. Se le considera uno de los maestros del cuento latinoamericano.

⁴ La isla de La Española se formó geológicamente de movimientos tectónicos que permitieron la base volcánica de esta isla caribeña, ochenta por ciento de la cual es montañosa.

“The Woman”

(English translation: William Little, Santa Fe College, 2017)

The highway was dead. Neither anyone nor anything will ever revive it. Long, infinitely long, nor in its gray skin can you see any life. The sun killed it: the sun of steel, from burning to red hot, red that became white, and it's still there, on the highway's hunched spine.

It must have died many centuries ago. Men with picks and shovels unearthed it. They'd sing while wielding their pick axes. There were some, however, who neither sang nor shoveled. All of that was very long. Clearly, they came from far away: they sweated, they stank. In the evening the white steel turned red. Then in the eyes of the men who were uncovering the road tiny little bonfires flared, behind their pupils.

The dead thing stretched across savannas and knolls and the winds swept dust over it. Afterwards, that dust died too, and it settled on the gray skin.

On both sides there are spiny bushes. Often such vast distances harm your eyes. But the rolling plains are bare. Fields of scrub brush in the distance.

Perhaps birds of prey crown the cacti. And the cacti are there, farther off, encrusted in the white steel. There are huts, too; most are squat and made out of clay. Some are painted white and they're invisible in the sun. Only the thick, dry roofs appear, nervous day after day about burning up. Reeds, through which water never flows, made such thatched roofing.

The dead road is there, totally dead, unearthed, gray. At first, the woman was seen, like a black dot, then, like a stone someone had left on the long mummy. She was thrown down there such that her rags didn't move in the breeze. The sun didn't burn her. She was pained only by the little boy's cries. The eyes of the bronze-skinned child, a little guy, were full of light, and he was clutching at his mother trying to tug at her away with his little hands. Soon the highway was going to burn his body, or at least the knees of that naked and screaming little infant.

The house was there, nearby, but it couldn't be seen.

As it advanced what seemed like a stone tossed in the middle of the great dead highway grew. It was growing, and Quico⁵ thought to himself: a calf, run over by a car.

He searched with his eyes: the plains, the savanna. A distant hill with brambles as if that hill was only a hillock of sand piled up by the wind. A riverbed; the dry maw of the land that had water on it a thousand years before that day. The golden plains were cracked below the heavy transparent steel. And the cacti, the cacti crowned with birds of prey.

Closer already, Quico saw that it was a person. He distinctly heard the child's cries.

The husband had hit her. He pursued her in the one-room hut, hot like an oven, dragging her by her hair and smashing her head with his fists.

“Daughter of a damned mother! Daughter of a damned mother! I'm going to kill you like a bitch, you shameless hussy!”

She tried to explain: “Nothing happened, Chepe,⁶ nothing happened.”

“Oh, no? Now you'll see!”

And he started beating her again.

⁵ Quico (e.g., Hank or Frank or Franky) is a nickname for Enrique or Francisco.

⁶ Chepe (e.g., Joey) is a nickname for José.

The child grabbed his dad's legs; he still couldn't talk and he tried to push him away. He saw blood flowing from the woman's nose. The blood didn't frighten him, no, only his desire to cry, to scream and scream. For certain, mommy would die if she continued bleeding.

It all happened because the woman didn't sell the goat's milk as he had ordered her to. When he returned from the hills four days later he couldn't find the money. She related that her milk had dried up, the truth was that the child had drunk it. She preferred not to have the coins than that the infant should suffer so long from hunger.

Afterwards, he told her to get out of there.

"I will kill you if you return to this house!"

The woman was stretched out on the road surface: she was bleeding and heard nothing. Chepe, frenetically, had dragged her up to the highway. And she remained there, virtually dead, on the crest of the great mummy.

Quico had enough water for two more days on the road, but he used almost all of it sprinkling it on the woman's forehead. Giving her his arm he took her to the hut and he considered taking off her torn chemise to wash off the blood.

Chepe came in from the back yard.

"I told you I didn't want to see you here again, damn you!"

It seems he hadn't seen the intruder. That transparent white steel had turned him into a beast for certain. His hair was as stiff as hemp and the corneas of his eyes were red.

Quico caught his attention; but he, half crazed, again threatened his victim. He was ready to hit her again. That is when the fight began between the two men.

The little fellow, the little guy, began to cry again; now he was wrapping himself in his mommy's skirt.

They fought in silence. They spoke not a word. Only the boy's shouts were heard and the violent shuffling.

The woman saw how Quico was choking Chepe: he had hooked his fingers into her husband's neck. The latter's eyes began to close; he opened his mouth; blood was rising in his face.

The woman didn't know what happened, but, near at hand, next to the door, was the rock: a rock like jagged lava,⁷ nearly black, heavy. Suddenly, she felt infused with brutal strength. She raised it. The blow resounded. Quico released the other's neck; next his knees buckled; then he opened his arms wide and fell on his back, without complaint, without a struggle.

The earthen floor absorbed that abundant ever so red blood. Chepe saw light shine on her. The woman clasped her hands over her face, her hair loose, and her eyes struggling to dart about. She ran. She felt her joints go weak. She tried to see if someone was coming. But on the great dead highway, totally dead, there was only the sun that killed here. There, at the end of the plains, the sand hill created by the winds. And cacti, encrusted in the steel.

[Note by Jeannette Miller, the editor of the Madrid edition, 2013]. Juan Bosch [1909-2001] was born in La Veja, Dominican Republic, in 1909. In 1933 he published his first book of short stories, titled *Camino Real*. He has published more than fifty books among which are: *Cuentos escritos en el exilio*, *Más cuentos escritos en el exilio* and *La Mañosa* (a novel). In 1963 he was sworn in as President of the Republic, but seven months later he was overthrown by a military coup. He is considered one of the masters of the Latin American short story.

⁷ Tectonic movements allowed for the creation of Hispaniola's volcanic geological formation; eighty percent of the island is made up of rugged mountains.